

mos hijos serán vendidos al extranjero (1). La profecía se cumplió; pero el crimen no era exclusivo de los Tirios; toda la antigüedad era culpable; y por haber desconocido los derechos del hombre, el mundo antiguo fué condenado á perecer.

### § II.—Colonias (2).

Los Fenicios hacían su comercio en todas las partes de la tierra. ¿Cómo es que ciudades tan débiles llegaron á extender sus relaciones desde el Norte de Europa hasta la India? El poder de los pueblos de la antigüedad se propagaba de dos maneras: por medio de la guerra y por medio de las colonias. Las colonias son tan antiguas como las primeras sociedades; de la India, de la Etiopía, del Egipto, salieron colonos. La colonización, que no fué más que un accidente en la vida de las teocracias, era una condición de existencia para las naciones comerciantes. Un pueblo pequeño no hubiera podido esparcirse por el mundo entero si no hubiera encontrado puntos de apoyo allí donde le llamaban las necesidades de su tráfico. Las colonias de los Fenicios se extendieron, lo mismo que sus relaciones comerciales, por casi todo el mundo conocido por los antiguos (3).

La tradición acerca de los viajes del Hércules tirio nos ha hecho conocer la dirección de los establecimientos fenicios y su beneficiosa influencia. En el comercio asiático los Fenicios no figuran más que en segunda línea; se unen con los Hebreos y con los Árabes, y son los factores de los Babilonios y de los Persas. No sucedía lo mismo en el mundo occidental: éste estaba abierto á los atrevidos exploradores de los mares. Podían extenderse á su discreción por las costas de África y de España y por las islas del Mediterráneo; no encontraban allí aquellas monarquías conquistadoras que les oponían dificultades en Asia. En cambio, la mi-

(1) JOEL, III, 8, 11.—AMOS, I, 9.

(2) HEEREN, *Fenicios*, c. 2; *Babilonios*, c. 2.—MOVERS, t. II, 2.<sup>a</sup> parte.

(3) Q. CURTIUS, IV, 4, 20: «*Coloniae certe ejus pene orbe toto difuse sunt.*»

sion de los Fenicios era servir de agentes de la civilización entre los Bárbaros. Sigámoslos en sus conquistas guerreras y pacíficas á un mismo tiempo.

La fundación de las primeras colonias se pierde en los tiempos mitológicos. Los colonos fenicios pasaron el mar más de quince siglos antes de la era cristiana (1). La isla de Chipre fué, sin duda, uno de los primeros puntos en que se establecieron. Está contigua á la Fenicia, en términos que se dice que los ciervos pasaron del continente á la isla atraídos por sus frondosos pastos. Tan celebrada como el Egipto por su fertilidad, Chipre ofrecía además á los navegantes cedros que competían con los del Líbano; tenía además la ventaja de servir de primera estación á los Fenicios en sus correrías marítimas. Se concibe, pues, que hayan deseado su posesión. Si damos crédito á una tradición admitida por Virgilio, la isla había sido ya conquistada por un rey de Sidon (2). Los Fenicios ocuparon también á Rodas, así como otras islas del Archipiélago. Esta colonización tuvo lugar en una época en que los Griegos no habían alcanzado todavía aquel admirable desarrollo que llevó la cultura helénica á todas las costas del Mediterráneo. Cuando las emigraciones de los Jonios y de los Dorios se dirigieron hácia el Asia menor, las razas emprendedoras de la Grecia sobrepusieron á los comerciantes de la Fenicia. Sin embargo, su colonización no fué estéril: el espíritu industrial de los colonos se comunicó á los indígenas. *Herodoto* vió en Thasos los pozos y las galerías de las minas que habían abierto los Fenicios (3). Edificaron ciudades sobre el Mar Negro y la Propontide; aquellas playas inhospitalarias eran de gran importancia para un pueblo comercial, porque á ellas venían á parar los caminos que comunicaban con el lejano Oriente. Los Fenicios, y no los Griegos, como generalmente se cree, fueron los que llevaron allí las primeras semillas de la civilización (4).

Los Etruscos no permitieron á los Fenicios fundar colonias en Italia. La Sicilia los atrajo por la fertilidad de su suelo; su posi-

(1) HEEREN, p. 41.—MOVERS, t. II, 2, p. 129, s.

(2) MOVERS, t. II, 2, p. 203, s.

(3) HEROD., II, 44; VI, 46, 47.

(4) MOVERS, t. II, 2, p. 286, s.

ción geográfica la hacía una estación favorable para los comerciantes que navegaban hacia el Oeste. Los Fenicios fundaron allí colonias desde el siglo XIII antes de nuestra era; ocuparon todos los puntos de la isla que podían favorecer su comercio y su navegación. Cuando la rivalidad de los Griegos les obligó a replegarse a la costa occidental de la isla, no cedieron sin luchar. Los Cartagineses continuaron aquel duelo sangriento; pero donde aparecían los Helenos, la raza fenicia se ve obligada a retroceder (1). Los cómodos puertos de Malta eran un atractivo para los marinos de Sidon; los Cartagineses los reemplazaron, y la nación a quien hoy se llama la moderna Cartago, no ha dejado de apoderarse de este importante punto. La Cerdeña tenía para los Fenicios la misma utilidad que el Cabo de Buena Esperanza para los navegantes que van a las Indias; hacían escala allí en sus viajes a las columnas de Hércules: la capital de la isla es una ciudad fenicia. Los Tirios propagaban su culto sanguinario al mismo tiempo que su civilización (2); se atribuye a los adoradores de Baal el origen de los horribles sacrificios que hicieron que la *risa sardónica* haya quedado en proverbio (3).

Las islas Baleares, ocupadas igualmente por los Fenicios, nos conducen hacia España, que era el Perú de la antigüedad. La Península era en otro tiempo el país más rico de la tierra en minas; los primeros navegantes que desembarcaron en ella encontraron, según se dice, tal cantidad de plata, que, no pudiendo cargarla en sus navíos, fabricaron con ella todos sus utensilios, hasta las áncoras de sus navíos (4). Durante algunos siglos tuvieron los Fenicios el monopolio de este comercio lucrativo, origen de sus riquezas y de su poder. Cubrieron la España de colonias: según Estrabon, más de doscientas ciudades eran de origen asiático. La

(1) MOVERS, t. II, 2, p. 309, s.

(2) MOVERS, t. I, p. 299, 301.—BOETTIGER, *Kunstmythologie*, t. I, p. 355.

(3) Σαρδάνισσος γέλως. Un autor griego, citado por SUIDAS (*h. v.*), dice que los Sardos inmólaban a Saturno sus mejores prisioneros; las víctimas, como los Indios de la América del Norte, para mostrar su valor y desafiar a los vencedores, se abrazaban y reían en medio de los tormentos. TIMEO (fragm. XXVIII, en los *Fragm. Hist. Græc.*) da otra explicación de esta expresión proverbial; pero siempre forman el fondo sacrificios sangrientos.

(4) ARISTOT., *De Mirabil.*, c. 135.—C. DIODOR., V, 35.

colonización fué una conquista. ¿Cómo pudieron conquistar los comerciantes un país que costó tantos combates a dos Romanos? Los Fenicios se sirvieron, lo mismo que los Cartagineses, de ejércitos mercenarios para extender su dominación. La bella Andalucía fué la parte en que principalmente se establecieron; en aquellas fértiles comarcas, en que los poetas colocaron los Campos Eliseos, construyeron las célebres ciudades de Málaga y Carteia; la más ilustre de todas, Cádiz, fundada más de un siglo antes de la guerra de Troya, ha sobrevivido a todas las revoluciones políticas, y cuenta por millares sus años de existencia. Cádiz era el punto de partida de la navegación de los Fenicios hacia el Norte de Europa; el misterio con que encubrían aquellas lejanas expediciones no nos permite seguirlos a las costas adonde iban en busca del estaño y del ámbar.

Volvamos atrás y acompañemos a los infatigables navegantes de Tiro al África. Las relaciones de los Fenicios con el Egipto datan desde la más remota antigüedad. Formaban la marina de los Faraones en sus expediciones asiáticas; según los mitos griegos, sirvieron de intermediarios entre la tierra del Nilo y la Grecia; por último, fueron los factores del comercio egipcio en Oriente. Sus establecimientos en Egipto eran tan considerables que dieron origen a algunas ciudades. El África occidental fué el verdadero centro de la colonización fenicia. Una parte de aquellas costas era tan celebrada por su fabulosa fertilidad, que la Mitología y los poetas colocaron allí el Jardín de las Hespérides. Los Fenicios edificaron ciudades a centenares: solamente en las costas de la Mauritania había trescientas colonias, según cuenta *Eratóstenes*, el sabio bibliotecario de Alejandría. Entre las ciudades fenicias la había que rivalizaban en magnificencia con Roma: Leptis pagaba a los Cartagineses un tributo más considerable que toda la Fenicia al Gran Rey. El poder de Cartago sobrepusó al de todas estas colonias: se atrevió a disputar el imperio del mundo al pueblo rey (1).

El comercio de Oriente estaba en gran parte en manos de los Fenicios. Cubrieron el camino comercial del Eufrates con sus

(1) MOVERS, t. II, 2, p. 442, s.; 492, s.; 525, s.

factorías y sus ciudades. Las costas del mar que baña la Fenicia hasta el Egipto fueron ocupadas por los comerciantes de Sidon y de Tiro. Indudablemente tenían estaciones en el golfo Arábigo; se las encuentra hasta en el golfo Pérsico; las islas de Tiro ó Tilos y de Aradus recuerdan la madre patria; subsisten hoy todavía en ellas restos de instituciones y de edificios fenicios (1).

## II.

¿Cuáles fueron las relaciones de las colonias fenicias con sus metrópolis? En el momento en que aparecen en la historia son independientes: ¿debe atribuirse esta libertad á ideas sistemáticas? Sería el primer ejemplo de un pueblo comerciante que hubiera dejado en libertad á los colonos salidos de su seno; pero ¿puede admitirse en la infancia de las sociedades una política que aún hoy se niegan á seguir los pueblos modernos? La falta de documentos históricos no permite determinar con exactitud las relaciones primitivas de los colonos con la madre patria; sin embargo, los pocos testimonios que nos quedan, combinados con las causas de la civilización, bastan para convencernos de que el sistema colonial de los Fenicios estaba, como el de todos los pueblos comerciantes, fundado en el interés y no en la generosidad.

Las primeras colonias fueron emigraciones provocadas por la conquista. Desde la más remota antigüedad, la Palestina fué el teatro de incesantes invasiones; los vencidos, despojados, iban á otra parte en busca de tierras. Los establecimientos que crearon no eran comerciales; puede decirse, á lo más, que facilitaron el camino á los futuros colonos. Aquellos primeros emigrantes no conservaron lazo alguno con los Fenicios (2). Hacia el siglo xv, ántes de nuestra era, empezó la colonización propiamente dicha; es debida á causas políticas, tanto como al espíritu comercial. El pueblo, formado por los habitantes primitivos reducidos á servidumbre, era explotado sin piedad por una aristocracia que reunía

(1) MOVERS, t. II, p. 147, s.

(2) MOVERS, t. II, 2, p. 7 y 127, s.

la avidez del traficante y el espíritu opresivo de la teocracia. Ya en las ciudades fenicias empieza la lucha encarnizada entre la nobleza y la plebe, que ha de ensangrentar más tarde las repúblicas griegas. Para evitar las insurrecciones, ó para apaciguarlas, los jefes del Estado fundaban colonias, en las cuales la población superabundante encontraba la riqueza y el poder que le faltaban en la madre patria. Estas colonias eran dependientes por su naturaleza, y probablemente estaban sometidas al pago de un tributo (1).

Además de estos establecimientos sistemáticos, había colonias voluntarias. Los que sucumbían en las luchas civiles abandonaban el suelo natal y creaban en otra parte una patria organizada conforme á sus intereses ó pasiones: una emigración de esta especie, salida del seno de la aristocracia, dió lugar á la segunda fundación de Cartago (2). La Fenicia no tenía ningún derecho que reclamar sobre esta clase de colonos (3). Conservaban, sin embargo, relaciones de parentesco y de religión con sus metrópolis. Los Fenicios se negaron á seguir á Cambises contra los Cartagineses (4): muy sagrados debieron parecer los lazos de la sangre, puesto que el feroz conquistador, que había hollado las creencias del Egipto, cedió ante los escrúpulos religiosos de los Fenicios. Por su parte Cartago, la reina de los mares, no olvidó nunca que era hija de Tiro. Los Cartagineses enviaban al Hércules tirio la décima parte de sus rentas y del botín que cogían al enemigo; á veces la prosperidad les hizo olvidar este piadoso deber, pero las desgracias de la guerra provocaban el arrepentimiento, y entónces despojaban sus propios templos para honrar al Dios protector de la raza fenicia (5). Estas relaciones filiales subsistieron hasta la ruina de Cartago. Alejandro encontró en Tiro una comisión cartaginesa: había venido á celebrar los sacrificios anuales, á los cuales tenían cos-

(1) JUSTIN., XVIII, 3, 4. — ABISTOT., *Polít.* VI, 3, 5. — SALLUST., *Jug.*, 19.

(2) JUSTIN., XVIII, 4, 6. — MOVERS, II, 1, p. 352-356, 546, s.

(3) SALLUST., *Jug.*, 19. — MOVERS (*die Phoenizier*, t. II, 2, p. 53 y 55) dice que todas las colonias eran consideradas como súbditos de la madre patria. Según esta opinión, no habría diferencia alguna entre las emigraciones voluntarias y las colonias fundadas por el Estado, lo cual no es creíble.

(4) HEROD., III, 19.

(5) POLYB., XXXI, 20, 12. — DIODOB., XX, 14; XIII, 108. — JUSTIN., XVII, 7. — MÜNTER, *Religion der Karthager*, p. 52-55.

tumbre de asistir los colonos para manifestar su piedad y su reconocimiento. Los Tirios contaban con el socorro de su colonia cuando se decidieron á desafiarse el poder del vencedor del Asia; pero la fortuna de Alejandro venció; Cartago no pudo hacer más que abrir sus puertas á las mujeres, á los niños y á los ancianos, que los desgraciados sitiados les enviaron como á un asilo seguro (1).

### III.

Así, hasta en los pueblos comerciantes las colonias fueron la imagen de los lazos que la sangre crea entre parientes (2). La colonización fenicia no es indigna de representar la futura asociación de la gran familia humana. Desgraciadamente, el genio sombrío y duro de la metrópoli se transmitió á los colonos: el borron de los sacrificios humanos oscurece la luz que los navegantes de Tiro comunicaron á los pueblos extranjeros. Añádase á esto el espíritu envidioso y mezquino del traficante. Para conservar el monopolio del lucrativo comercio que hacian con los pueblos bárbaros, divulgaban narraciones fabulosas acerca de los peligros que corria el temerario navegante en aquellas remotas comarcas (3). Las *mentiras fenicias* han quedado en proverbio. No todo era imaginario en los peligros á que los comerciantes se exponian; pero hay que confesar que muchas veces eran inventados por la avidez mercantil. Se dice que los Fenicios echaban á pique los barcos extranjeros y arrojaban sus tripulaciones al mar (4). Esto parece casi increíble: sin embargo, tenian tal reputación de crueldad, que los antiguos atribuian el origen de su nombre á los crímenes que cometian (5). Para alejar la competencia, arruinaban hasta sus propios establecimientos. «Los Fenicios, dice Eusebio, guardaban

(1) Q. CURT., IV, 2. — DIODOR., XVII, 40, 41.

(2) Las monedas de Tiro y de Sidon calificaban á las metrópolis de *madres* de las ciudades fundadas por los emigrantes (MOVERS, II, 1, p. 119-121).

(3) STRAB., lib. III, *fine*.

(4) MOVERS., t. II, 2, p. 42.

(5) ARISTOT. (*De mirabil.*, 144), lo deriva de φοινίξαι, αἰμαξαι. Otros (*Etym.*, M., v.º φοίνιξ), le derivan de φόνος, φόνια.

sus posesiones con un celo excesivo, á fin de impedir las comunicaciones con el extranjero, talaban los territorios inmediatos y destruian las ciudades» (1). ¡Así, pues, donde se alzaba una colonia fenicia se extendia un desierto! Esto prueba cuán cierto es que el comercio era una guerra en la antigüedad, lo cual debe reconciliarnos con los conquistadores. Los fenicios fundaron, ciertamente, más ciudades que las que destruyeron; pero tambien los Alejandro y los Césares fundaron más que destruyeron.

El comercio era para los Fenicios una causa de division más bien que de union. Nada lo prueba mejor que sus relaciones con los Griegos. Iniciaron á la Grecia en la civilización; sus colonias se tocaban, y, sin embargo, no hay rastro de alianza entre las ciudades comerciantes de ambos pueblos (2). Los Fenicios, obligados á ceder ante los Griegos, les abandonaron los establecimientos que habian fundado en las costas del Asia Menor y del Mar Negro; pero la envidia engendró en ellos un odio profundo, que estalló cuando los Bárbaros del Asia quisieron sojuzgar á la Grecia. Herder censura con amargura á los Cartagineses por haber hecho alianza con Jerjes contra los Griegos; olvida los trescientos barcos tirios que combatieron en Salamina por los Persas. Diríase que los Fenicios presentian que la raza helénica estaba destinada á arruinar á su patria.

Alejandro hirió de muerte á Tiro con la fundación de Alejandría. El comercio tomó nueva dirección; Tiro sufrió la misma suerte que alcanzó á Venecia y á Génova despues del descubrimiento del camino de las Indias. Estas revoluciones en las relaciones comerciales, ¿son obra de la ciega fatalidad? ¿Por qué Tiro ha cedido á Alejandría? El mundo antiguo ha de prepararse para el cristianismo. Del Oriente vendrá la luz que ha de iluminar á la humanidad. El genio de Alejandro presiente los designios de Dios; la ciudad que lleva su nombre es como un anillo entre los dos mundos; los dogmas del Oriente y las doctrinas filosóficas de la Grecia se reúnen allí y preparan el camino á Jesucristo.

(1) EUSEB., *De Theophanía*, II, 67. — MOVERS, t. II, 2, p. 42, s.

(2) MOVERS, t. I, p. 50.

---

---

## LIBRO SEGUNDO.

### LOS CARTAGINESES.

---

#### CAPÍTULO I.

##### CONSIDERACIONES GENERALES.

---

Cartago es hija de Tiro, pero la colonia ha superado mucho en poder á su madre patria: en este crecimiento ¿se ha conservado fiel al espíritu de la metrópoli? Los escritores modernos son más favorables á los Fenicios que á los Cartagineses: diríase que el odio de Roma persigue aún en la historia á su desgraciada rival. *Herder* ha sido el órgano de la opinion dominante. El historiador filósofo no reconoce á Cartago ningun valor; ve en ella un pequeño número de familias, comerciantes bárbaros, ricos, que buscaban combatientes mercenarios para aumentar su monopolio, y que usurpaban el imperio de todos los países que podian servir para sus especulaciones. Los Cartagineses, dice, no han contribuido en nada á los progresos del género humano: «Han propagado poca cultura en África; ¿qué les importaba propagar la civilización? Su único fin era amontonar tesoros. Toda la conducta de este pueblo en los países extranjeros demuestra la avaricia y la dureza de una ciudad aristocrática que no buscaba más que el lucro y la servidumbre africana. Aparecen como aliados bárbaros de un Bárbaro contra un pueblo griego, y fueron siempre dignos

de este papel. Selinonte, Himera, Agrigento, Sagunto y más de una rica provincia de Italia fueron destruidas ó asoladas por ellos; todo su comercio egoista no vale los arroyos de sangre que ha derramado en la bella Sicilia» (1).

Este juicio es demasiado severo. Concebimos que el generoso escritor no sienta simpatías hácia una aristocracia comerciante que hace conquistas con objeto de lucrar. Pero el egoismo mercantil es propio de todo Estado comerciante. *Herder* reconoce los beneficios del comercio fenicio á pesar de este defecto: ¿por qué no hace la misma justicia á los Cartagineses? Los antiguos eran más lógicos en sus antipatías; nunca separaban á Tiro de Cartago en sus invectivas contra la raza púnica. La religion sanguinaria de los Cartagineses era la misma de la metrópoli. Los *tratados fenicios* habian llegado á ser proverbiales ántes que la *fe púnica*. La política comercial de Tiro era inspirada por la envidia y el odio, lo mismo que la de Cartago. El gobierno cartagines era aristocrático como el de la madre patria. La aristocracia tenía el monopolio de las magistraturas; las funciones acabaron por ser venales, y, agravándose el mal con la decadencia de la república, el dinero acabó por ser el dios de los Cartagineses; llegaron á tal grado de egoismo, que la ruina del Estado no les interesaba más que en cuanto perjudicaba sus intereses particulares (2).

Cartago es, pues, la imágen de la madre patria; no hizo más que desarrollar en más vasto teatro los defectos y las cualidades de la raza fenicia. Entre la metrópoli y la colonia no hay siquiera la diferencia que *Herder* suponía. Los Fenicios han sido conquistadores lo mismo que los Cartagineses. Si la colonia llegó por este camino hasta disputar el imperio del mundo á Roma, esto consiste en que se vió impulsada por circunstancias favorables, ó funestas si se quiere. Establecidos en un inmenso continente, pudiendo disponer de poblaciones guerreras, teniendo á su alcance las islas más fértiles y más favorables para las relaciones comerciales, cedieron fatalmente al espíritu de conquista que domina en la antigüedad. Pero los Cartagineses no tuvieron edad heroica.

---

(1) *HERDER, Idem, XII, 4.*

(2) *LIV., XXX, 44.*

como los Griegos; no tuvieron la gran ambición que inspiraba á los Romanos: sus guerras eran especulaciones de comercio. El espíritu comercial ejerció una deplorable influencia sobre la política de Cartago. No hay nada más famoso en la historia del derecho internacional que la *fe púnica* (1). Montesquieu dice que la victoria decidió si debía decirse *fe púnica* ó *fe romana*. El ilustre escritor ha querido vengar la memoria de los vencidos. Sin embargo, hay algo de verdad en la relación que Ciceron establece entre las ocupaciones de los Cartagineses y su mala reputación (2): las costumbres mercantiles no son á propósito para desarrollar la buena fe (3).

Otra acusación más pesa sobre la memoria de los Cartagineses; en una edad bárbara se distinguieron por su barbarie (4). Un célebre historiador ve en esta crueldad una especie de contradicción con las costumbres de un pueblo comerciante (5). Los crímenes cometidos en la India por una compañía de comerciantes prueban desgraciadamente que la sed de oro es un instinto más feroz que la barbarie misma. Quizá también en África ha excitado las malas pasiones de los Fenicios. El contacto de aquella misma raza nómada, con la que Cartago estaba mezclada, ha hecho bárbaros algunas veces á los soldados más humanos de la Europa moderna; si la crueldad ha sido contagiosa para los Franceses, ¿cómo no había de serlo para un pueblo á quien su religión inclinaba á la inhumanidad?

Los Cartagineses habían conservado de la madre patria el uso de los sacrificios humanos. La piedad iba á veces unida á la crueldad; los padres ricos compraban secretamente niños, y los inmolaban como suyos. Pero esta superchería no satisfacía al dios sanguinario de Cartago. Agatocles, después de haber vencido á los

(1) Abundan los testimonios sobre la perfidia de la raza cartaginesa. Véanse las citas en HENDREICH, *Carthago*, p. 110. s.

(2) CICER., *pro Scauro*, 14.—*De leg. agrar.*, II, 35.

(3) POLYB., VI, 52, 2: παρά Καρχηδονίοις οὐδέν αἰσχρὸν τῶν ἀνηχόντων χροσ κερδός.

(4) Véanse los testimonios de los antiguos acerca de la crueldad de los Cartagineses en HENDREICH, *Carthago*, I, 2, 1 (p. 117, s.).

(5) J. DE MÜLLER, *Hist. Univ.*, II, 9.

ejércitos cartagineses, acampó bajo los muros de la ciudad. Se apoderó de los sitiados un terror supersticioso; echándose en cara su fraude, decidieron una gran solemnidad. La estatua de Baal, entrojecida al fuego, recibió en sus brazos doscientos niños escogidos entre las familias más ilustres; los ciudadanos, en quienes recaía la acusación, ofrecieron, por su parte, sus hijos, que no eran menos de trescientos (1). En vano Gelon, legitimando con la humanidad su victoria, prohibió estos horribles sacrificios (2): los últimos descendientes de los Cartagineses los practicaban aún bajo el Imperio romano (3). Un pueblo que no tenía entrañas para sus hijos, ¿podía respetar la naturaleza humana en los extranjeros? Los comerciantes cartagineses consideraban á los hombres con quienes traficaban, como una materia á explotar; á los pueblos que estorbaban para su comercio, como un obstáculo que á toda costa debía hacerse desaparecer, y á los vencidos como un objeto de explotación.

Cartago sufrió, á su vez, la ley del más fuerte. ¿Ha pasado por la tierra sin dejar más recuerdo que un nombre? Una ciudad, cuyas relaciones comerciales alcanzaban á gran parte de la tierra conocida por los antiguos, ha debido tener una gran misión. Su papel es ménos brillante que el de Grecia, ménos elevado que el del pueblo-rey. La humanidad tiene héroes griegos y romanos; en Cartago apenas se encuentran más que hábiles comerciantes. Pero la sociedad necesita también de agentes materiales; al lado de los conquistadores civilizadores, de los filósofos y de los artistas, los comerciantes tienen derecho á ocupar un lugar como obreros de la civilización. Y aún llegará un día en que el comerciante será superior al guerrero; su misión será más grande, á condición de que la realice bajo un pensamiento de unidad. No pidamos á los antiguos este ideal; no acusemos á Cartago de no ha-

(1) DIODOR., XX, 14.

(2) PLUTARCH., *Reg. Apophteg.*, *Gelon*, núm. 1.—ID., *De sera numin. vindicta*, c. 6.—JUSTIN. (XIX, 1) refiere que Darío prohibió también á los Cartagineses el inmolar víctimas humanas.

(3) TERTULIANO, *Apolog.*, c. 9.

ber sabido dar cima á la gloriosa empresa á que parecía destinada por la naturaleza. Nacida en Asia, establecida en una costa, separada apénas de Europa por el mar, Cartago hubiera podido ser el lazo del Oriente y del Occidente. Pero la antigüedad, edad de lucha violenta, no pensaba en asociar á los hombres. Si los pueblos comerciantes han aproximado los países más alejados, lo han hecho sin darse cuenta de ello; el egoísmo, el más malo de los instintos, ha sido en manos de Dios un medio de preparar la futura unidad humana.

---

## CAPITULO II.

### EL DERECHO DE GENTES.

#### § I.—Conquistas.

El espíritu comerciante es tan invasor como el genio guerrero. ¿No vemos en nuestros dias cómo la nacion, á quien llaman la Nueva Cartago, se establece en todos los puntos del globo, ya por medio de las armas, ya por medio de las colonias? Los Tirios emigrados se encontraban en una admirable situacion para satisfacer esta ambicion; tenian delante de sí un mundo que estaba esperando dueño; se apoderaron de él por derecho de ocupacion. El comercio desarrolló rápidamente las fuerzas de la república; dominó bien pronto á los indígenas y los convirtió en instrumento de su poder. *Heeren* dice que la aristocracia cartaginesa siguió en sus conquistas una política moderada. No es muy merecido este elogio. Si las posesiones de Cartago en África tenian poca extension, consiste en que los desiertos y las poblaciones nómadas, tan movibles como la arena del Sahara, eran un obstáculo opuesto á sus invasiones por la misma naturaleza. En el Occidente la ambicion de los Cartagineses no conoció límites. En la época de su rompimiento con Roma, la ciudad comerciante poseia un imperio más vasto que el pueblo conquistador.

Cartago se apoderó con preferencia de las islas. Estas posesiones le servian de estaciones para su inmenso comercio, y le era fácil retenerlas bajo su autoridad por medio de su poderosa marina. Los Cartagineses eran dueños de Cerdeña y de Córcega. Com-